



A Jorge Enciso se le describe con una sola palabra: es un ingénuo.

Ingénuo en su arte é ingénuo en su vida, hombre formado de una sola pieza, surgido de los senos profundos en que la Natura esconde sus elementos primordiales, para comentarla y explicarla con sus pinturas y dibujos.

Tiene algo de pajarillo que apenas sale del nido, esponja al sol sus plumas y se pone á cantar.

Así él: ve una escena natural y la pinta, con tanto acierto, con tan religiosa comprensión de la verdad profunda y misteriosa que encierran los espectáculos naturales, que sus estudios producen la impresión de la naturaleza misma.

Tiene una copia de la montaña la Malinche envuelta por los rojos vapores del crepúsculo, que es un prodigio de ambiente, de luz, de verdad. Una pintura por cierto de las más simples que pueden observarse. Una pintura hecha con sólo dos tintas. Tampoco la realidad usa de mayor número de tonalidades para crear esos prodigios que nos dejan absortos.

Todos sus paisajes y sus escenas naciona-

les se informan en semejante sencillez llena de agrado y de verdad.

No sabemos que jamás haya tenido un sólo maestro.

Pinta como los zenzontles cantan; porque naciera para ello.

Tampoco teoriza ni combate ni ergotiza ni inventa exclusivismos, ni enfatiza su originalidad indiscutible. Lo que hace es trabajar continuamente.

Pero sin apresurarse ni esforzarse en la tarea.

Es de los que tienen la certidumbre de llegar y que por lo tanto no necesitan sudar bajo la roca de Sísifo.

Una pura y dulce vida de artista que no gusta de envilecedores compadrazgos.

Está solo sin énfasis ni insolencia. Está solo porque necesita de la soledad para trabajar.

Según parece nunca tuvo más compañero que Gerardo Murillo, ese Diógenes de la pintura, ese Ale que ahora, en París, está llamando la atención en elevados círculos artísticos.

Deben de haberse entendido muy bien estos dos artistas ingénuos como niños.